

LA SALVACION DE MORAGA

Carlitos decidió pasar la navidad con Moraga para amortiguar el golpe de la separación. Es curioso pero cuando un hombre es atravesado por la pena, la reclusión es un antídoto sanador.

Este razonamiento sustentó definitivamente la resolución tomada.

Sin embargo, lo abordó la incertidumbre: tal vez Moraga, para diciembre esté en el refugio de la veranada con sus animales, que aunque son pocos, igual merecen pastura fresca, si durante el largo invierno la nieve invade todo, y el animal vive encerrado, a fuerza de escasas raciones de pasto seco; balbuceó.

O tal vez, pase la navidad en el pueblo, en lo de su hija Matilde, que siempre le reprocha lo poco que ve a los nietos.

No es falta de afecto, es que el viejo nació y se crió bajo el manto aletargado de la soledad cordillerana, donde el silencio solo es interrumpido por algún relincho, el grito áspero de un cauquen o por el lánguido y angustioso canto de la tagua. Los hombres enredados con el paisaje no añoran reuniones ni tertulias, son hijos de la tierra, y redimen sus existencias entregados al cobijo hechizante del universo andino. Su mejor amigo resulta ser el viento que arranca lágrimas y sonrisas, cual si fuera la síntesis de la propia vida. Sus aliados absolutos: el caballo, el perro y el bosque, ese que supo ser techo, fuente de calor y alimento en momentos de mala racha. Caviló Carlitos.

Podía ser también, que Moraga ya no perteneciera al reino de los vivos. Siempre fue un paisano tranquilo, pero anidaba en él, un violento demonio que el trago lo despertaba enfurecido. En muchas ocasiones aquel monstruo interior, lo había puesto cara a cara con la parca, al borde del infinito, pensó.

Aun así, prefirió entregarse a los designios del porvenir y renunciar al llamado de Matilde.

El abrazo del encuentro parecía interminable. La lágrima se resistía a recorrer los surcos del rostro de Moraga, obediente ante las órdenes del instinto masculino.

Luego de un intercambio de palabras, ingresaron al rancho.

Sentado a la mesa, se hallaba el Rosendo, con la vista clavada en el vacío. El Rosendo era un amigo de la infancia de Moraga que andaba de visita después de muchos años de secreta ausencia.

Con el mate en marcha, Carlitos desembolsó una bombacha marca ombú, un par de alpargatas numero once, una boina negra de franela y un par de medias de lana, que ofrendó al anfitrión.

-Pero mijo no te hubieras molestao -indicó Moraga.

El Rosendo mantenía su mudez.

Moraga sacó un cuchillo de un aparador desvencijado y dijo: -éste lo tengo pa cortar pan, pero es Esquiltuna. Es pa vò, un osequio se retribuye con otro osequio -declaró sonriente.

Cenaron un estofado de libre que Moraga preparó con dedicación y esmero.

Lo llamativo fue que durante la velada, de la boca del Rosendo solo partieron débiles murmullos. Al rato, los tres se dispusieron para el sueño.

El día siguiente transcurrió entre chanzas, risas y preparativos para la noche buena. El Rosendo se mantuvo al margen, aferrado a un sospechoso silencio que destilaba sigilo. Era un felino agazapado.

-Éste tà medio loco, pero es manso -advirtió Moraga a Carlitos.

Una fogata iluminó la noche, que mostraba orgullosa su poncho de diamantes en la oscuridad del cielo. La figura del cordero a la cruz se recortaba entre sombras que iban y venían como ánimas impacientes.

La medianoche los sorprendió masticando carne asada, así que apresuraron el brindis alzando sus vasos cargados de vino tinto. Casi al unísono los tres pronunciaron un sobrio y respetuoso "feliz navidad", y continuaron con la degustación culinaria.

Al cabo de unas horas el rojo elixir exhibía sus efectos. Las risas se convirtieron en estruendosos gritos. Por primera vez el Rosendo hilvanó una conversación ilegible entre locas carcajadas, como invocando anónimos fantasmas.

La magia del jolgorio fue decayendo hasta terminar en aterrador silencio, como esos que anticipan la tormenta.

-¿Te acordas del pinocho? -Interrogó el Rosendo con una erre arrastrada.

-No. -Respondió Moraga soltando un bostezo grotesco.

-El perro que vos me mataste. ¿Ahora te acordà?

¿El que quiso morder a mi hermana? Ese, era perro asesino -afirmó Moraga.

-Pero era mío

-¡ajá!... pasó hace años

-¡Pero el perro era mío! -porfió el Rosendo. Y no dijo más.

El palo de amasar que reposaba en el techo del aparador desvencijado se estrelló en los dientes, dejando tras de sí una mancha sanguinolenta en el rostro atolondrado de Moraga. Carlitos raudamente buscó refugio en un rincón de la cocina del infierno.

Tambaleante y puñal en mano, Moraga como un león herido rugió indignado: -te via carnear hijo e puta.

Y empezó la batalla con tajos de resentimientos, empellones de traiciones y agobios transformados en insultos, que remitían a un tiempo de jóvenes y modestos esplendores.

El pasado siempre vuelve reclutando rencores a su paso, desempolvando reliquias y miserias añejas que trasmudan en absurdo, donde el sin sentido cubre las carencias. ¿Qué otra bandera podrá enarbolar un peón rural que no sea la del honor o la venganza? ¿Que hazaña mas prodigiosa vivirá en su memoria que la de hacer justicia sin ley escrita, y mano propia?

El cuerpo fatigado, y un tropiezo. Moraga al suelo, y el inminente remate del Rosendo abortado por el cuchillo de cortar pan, en la mano asustada de Carlitos.

El Rosendo se desplomó entre estertores y quejidos que se fueron apagando hasta alcanzar un último resuello.

Diez años de prisión, atestiguan que el viejo cargó la culpa de un crimen que no era suyo. Aun hoy, el pueblo evoca esa navidad, la salvación de Moraga y el espanto de un frágil forastero.

¿Será que la casualidad viaja por la senda encubierta del destino hacia la inmanencia de lo imprevisto, y que la veracidad del hecho es su dominio?

Alfonso Solimano